

ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA

DISCURSO DE RECEPCION

DEL DOCTOR JORGE BEJARANO, COMO MIEMBRO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA, EN LA SESIÓN DEL 18 DE AGOSTO DE 1922

Señor Presidente de la Academia Nacional de Medicina:

Señalo con piedra blanca, como lo hacían los helenos de memoriosas épocas, este día, fausto en los anales de mi vida científica, en que por gentil voluntad de esta docta Academia vengo a ella sin más merecimientos que un intenso deseo de colaborar al lado de quienes han sido en gran parte mis maestros insuperables y a quienes tócame seguir aquí con la misma atención y con el mismo interés con que hube de seguirlos mientras en los claustros de Santa Inés y San Juan de Dios escuchaba sus lecciones inolvidables.

He dicho, señor Presidente, que una gentil disposición me ha traído aquí; pero yo podría agregar que hay algo más en este acto y en los que le sucederán y a virtud de los cuales se abren las puertas de una severa Academia a jóvenes a quienes apenas sonrío la ciencia; no como a vosotros, señores académicos, que habéis hecho de ella la compañera inseparable de vuestra vida, la inspiradora de vuestros luminosos trabajos.

Apenas si, a mí a lo menos, viene ella con lentos titubeos a decirme que nada hay todavía en los méritos de mi vida dedicada a su culto que pueda autorizar mi presencia aquí, ni menos todavía la aspiración de reemplazar en este sillón a un varón que fue siempre de sus hijos más mimados.

¿Qué puede entonces justificarnos ante ella y vosotros de una determinación que puede traer futuras consecuencias?

Dejar quizás que éntre aquí la juventud médica para ir moldeando en ella a los futuros sacerdotes de una ciencia ilimitada y seductora.

Recibidme, señor, con la misma bondad con que vuestros compañeros dieron muníficamente a mi oscuro nombre el alto relieve de sus votos al elegírame académico.

Espíritus un tanto parciales en eso del concepto que les merece una Academia, no encuentran bien que la san-

gre joven se mezcle en las ineficacias de esas corporaciones, y creen ellos no andar errados cuando piensan que a ellas sólo debe venirse cuando ya la edad proveya va trayendo serenidad a los espíritus y cansancio al intelecto.

Los que piensan que la Academia es el lugar donde se duerme la siesta científica de una corporación cualquiera, yo tengo para mí que es el sitio donde se vela permanentemente por los fueros de la ciencia o del idioma y donde reside el alma científica de toda nacionalidad.

Ése a lo menos ha sido la Academia Nacional de Medicina, lugar donde no se han hecho descubrimientos porque este no es el papel de las Academias; pero sí ha sido un elemento de progreso a través de luengos años, porque ha sabido levantarse por encima de controversias personales, para instituir sobre los grandes principios de la medicina vastas defensas colectivas.

En nuestra Academia encuentro yo todo un pasado brillantísimo inherente a nuestra historia nacional; acaso yo diría que ella de modo especialísimo grabó sobre su escudo e hizo suya la clásica expresión del filósofo Descartes:

«Los problemas de la medicina son los que interesan más a la grandeza y felicidad de la humanidad.»

Es menester detenerse un breve instante en sus orígenes y en su pasado. Preclaros ciudadanos diéronle nacimiento cuando en uno de los primeros días del año de 1873 se reunían para formar el núcleo primordial de ese selectísimo organismo que yo contemplo como incrustado en nuestro organismo nacional. Abraham Aparicio, Liborio Zerda, Pío Rengifo, Evaristo García, M. Plata Azuero, J. M. Buendía, L. Barreto, R. Rocha Castilla, L. Rivas, P. Gómez, P. Pizarro, C. Michelsen, N. Osorio y A. Ospina, nombres todos que las nuevas generaciones médicas oímos con deleitación, fundaron casi en la mitad de nuestra vida emancipada la *Sociedad de Medicina y Ciencias Naturales de Bogotá*.

El objeto de dicha Sociedad fue tan elevado como digno: procurar la ilustración del Cuerpo médico colombiano y el bien público general, de cuya salud se creía el principal guardián. Así lo rezaba y contenía aquella memorable acta en la cual se dejó a la posteridad un noble ejemplo de ciencia y de espíritu público. Firme y leal a su programa, la ilustre Sociedad llegó años después al rango de Academia. La Ley 71 de 1890 fue la mejor demostración de que aquel organismo, ya necesario para la vitalidad y bienestar de la República, había hecho méritos suficientes para conquistar la admiración de todo un Cuerpo Legislativo.

Seis meses habían transcurrido de fundada la Sociedad, es decir, julio de 1873, cuando para bien de los anales científicos de la medicina en Colombia, aparecía esa revista insuperable que se llamó *Revista Médica* y de la cual apenas si subsisten contadas colecciones que pregonan todavía hoy el alto valor científico, la indiscutible competencia de nuestros hombres de ciencia. Yo he tenido ocasión de trajinar sus páginas inolvidables, y con la admiración y el pasmo que produce la lectura de lo antiguo, pero impregnado de ciencia, me he preguntado si aquella generación de médicos colombianos, anterior a las perfecciones de nuestra ciencia en los días presentes, no fue superior a la que la imaginación actual pudiera sospechar.

Ahí he encontrado la maravillosa descripción de plantas terapéuticas ignoradas en la misma Europa; ahí he leído historias y conferencias clínicas dignas del gran Trousseau; ahí discusiones de interés palpitante sobre nuestras grandes epidemias o sobre nuestros continuos azotes; ahí procedimientos quirúrgicos o terapéuticos que sorprenden hoy en nuestros días de adelantos y de fácil comunicación con la vieja Europa; ahí la descripción de muchas enfermedades que se estudiaban simultáneamente y con el mismo criterio médico en nuestras humildes clínicas de San Juan de Dios y en las opulentas del Hotel Dieu y de Saint Antoine. La pelagra, la lepra, el paludismo, el bocio, el mal de piedra, el carate, el chichismo y la fiebre amarilla, para no citar sino unos pocos capítulos de patología tropical, tienen ahí luminosas páginas dignas de los mejores y más ilustres profesores europeos. ¿Y para qué hablaros de la acción de profilaxis que ha desarrollado nuestra Academia? Acaso sea esta su fase más admirable, la más digna de encomio, porque merced a su iniciativa se ha ido protegiendo entre nosotros la vida del hombre. Desde la histórica epidemia de difteria en Usaquén allá por los años de 1873, hasta nuestros días, la Academia de Medicina ha comparecido siempre en nuestras grandes calamidades, y a su iniciativa se han debido no pocas de nuestras reformas en materia de higiene y de legislación social. El alcoholismo como un inmenso pulpo sustrae el vigor y las riquezas de nuestro pueblo, y de aquí ha partido hasta los altos poderes legislativos un grito de alerta, grito que no ha de apagarse de seguro hasta el día en que nuestros Gobiernos no abandonen su letal y corruptora fórmula de embriagar al pueblo para poder vivir.

¿Y quién puede olvidar que de aquí mismo surgió en sus orígenes la práctica de la vacunación y la necesidad del aislamiento para contener la lepra? Hasta entonces el país se vio asolado por horripilantes epidemias de viruela, y hasta

1890 no salía, respaldado por tan alto valor científico, el concepto de que era menester detener la lepra aislándola en lugares apropiados. En mil y más ocasiones que se rozan con la higiene pública y social la autorizada voz de la Academia no ha faltado nunca; y muchas son también las veces en que sus iniciativas se han perdido y diluido en las altas esferas gubernativas, y muchas también aquellas en que con gesto doloroso ha visto cómo sus dictámenes sufren un enojoso control extranjero.

Ante este libro de oro de la *Revista Médica*, yo me he detenido largos días y muchas horas para ver ahí rediviva la ciencia médica de mi patria. Y ante esos numerosos volúmenes he pensado cuán fundamental es la importancia de la ciencia desde el punto de vista del porvenir de las naciones. Yo siempre he creído con Charles Moreu, que toda nación que no posea una organización científica, ya sea una química, una medicina o una industria propias, carece de individualidad intelectual y deberá ser siempre vasalla en vez de émula de pueblos que se levantaron simultáneamente con ella. Este alto valor fundamental de la ciencia, ha querido desde remotos años inculcarlo en las generaciones médicas nuestra docta corporación estimulando para ello con célebres y periódicos torneos anatómicos a los jóvenes que aún no han abandonado los inolvidables claustros de Santa Ines y San Juan de Dios.

¡Cuán deseable sería que los hijos de Colombia adquiriésemos la conciencia de la utilidad primordial de la ciencia! ¡Cuán deseable que en estos días del imperio del músculo y del dominio del dólar nos diéramos a meditar sobre los placeres de la ciencia!

A nosotros los médicos a quienes están abiertas las puertas de todos los medios sociales, nos toca también predicar el evangelio de la ciencia; hacer sentir a los niños y a los jóvenes su atractivo intelectual, físico y estético; demostrarles qué provechos materiales, cuando no gloriosos, aguardan a los investigadores hábiles o afortunados; comparar ante ellos la vida inactiva y parasitaria del funcionario público y los millones de beneficios de un Pasteur, de un Edison, de un Roux o la fantástica fortuna de un Auer por su alumbrado con gas. Por todas partes, en toda ocasión, todos aquellos en cuyo cerebro o palabra brille una luz debemos preconizar el valor de la ciencia; hacer que la Nación rinda culto a sus sabios; favorecer a los investigadores y a los inventores en vez de condenarlos al hambre y al silencio; enseñar por doquiera en escuelas y colegios que los sabios, los técnicos y no los políticos son en definitiva los

verdaderos creadores de todo lo que mejora las condiciones de la vida humana.

Vosotros, señores académicos, si sabéis de las efusiones de la ciencia; comprendéis de sobra cómo bajo su influjo, en los siglos que van corridos, se operan milagros sin cuento y cómo la naturaleza material y las fuerzas que la rigen no tienen ya secretos para el hombre, inaccesibles.

Dentro de nuestros dominios fue ayer Pasteur, y antes y después de él las incontables legiones de sabios que nos han enseñado a leer, por decir así, en el organismo animal; a conocer el papel de la sangre que circula, del corazón que palpita, del pulmón que respira, del cerebro que ordena, del nervio que lleva la orden, del músculo que obedece, del estómago que digiere y del quilo que restaura las fuerzas agotadas. Por esa misma ciencia hemos aprendido a arrancar el dolor de las carnes de los torturados; hemos conocido el origen de las epidemias y les hemos puesto barreras infranqueables; hemos llegado con el esc:lpelo a las más inverosímiles audacias, y ante él hemos hecho retroceder, espantada, a la Muerte. Y si de nuestra ciencia paseamos la mirada por todas aquellas otras que nos son desconocidas, qué grandiosidades descubre en ellas nuestro espíritu. Los presentes días son testigos de cómo el hombre se enseñorea de los espacios, así del aire como del océano y de la tierra; cómo convierte los unos en los otros los compuestos de la química; cómo imita a la naturaleza y en veces la sobrepuja; cómo en un último análisis el espíritu del hombre abraza en su más vasto conjunto los fenómenos del mundo animado desde las primeras manifestaciones de la vida hasta sus más altos fenómenos.

Al grupo numeroso de varones que dieron lustre y nombre a la ciencia médica de la República, y que contribuyeron poderosamente a la educación de selectas generaciones médicas, perteneció el doctor LUIS J. URICOECHEA nacido allá en el año 1858. Hijo del ilustre don Juan Agustín Uricoechea, el gobernante en quien se unieron la bondad ingénita y la severa rectitud, heredó de él la afabilidad de su carácter y su vocación al profesorado. Nacido en las cálidas tierras del Tolima, vino muy joven a esta ciudad, en donde el año de 1883 coronaba espléndidamente su carrera médica, después de haber conquistado durante sus estudios una sólida reputación y muchos honores, entre los cuales no son pocos el diploma de primera clase que le confería esta misma Academia por un brillante trabajo sobre cálculo biliar, y el voto de honor que la clase de patología interna le dio de manera unánime con su Profesor por el alto valor de sus estudios en tan difícil materia.

Así ya acostumbrado al triunfo y a la admiración de sus condiscípulos, triunfo que su modestia única no debía recordar entre extraños sino para sí solo y para servirle de estímulo en las luchas de la vida, salió armado de su diploma y sus laureles hacia la tierra pródiga del viejo Cauca, donde Cartago, Cali, Palmira y Popayán lo recibieron y retuvieron por muchos años con cariño maternal y se ufanaron de él. Una de ellas—Popayán—le ofrendó todo su cariño dándole a una de sus mejores hijas por compañera de su vida y haciéndosela así más dulce y deliciosa de lo que la hubiera sido por sí sola por la innata dulzura que impregnó su carácter.

El año de 1885 lo vio muy joven todavía regentar con brillo y eficiencia la alta cátedra de Fisiología en nuestra Facultad de Medicina. Años más tarde, 1893, el Cauca lo enviaba como su Delegado al primer Congreso Médico que se reunió en esta ciudad. Regresado a Cali fundaba allí en asocio del doctor Evaristo García el *Boletín de Medicina del Cauca*, la revista que yo he conocido con más sello de ciencia y seriedad.

Por aquella misma época y en tal revista, ofrecía al público científico sus primicias de escritor. El beriberi, el paludismo y la fiebre amarilla, los implacables azotes que allende las riberas del Pacífico y del manso Cauca hacían cada año innumerables víctimas, le dieron tema para escribir jugosas páginas que por su ciencia o su observación hubieran suscrito los afamados maestros Laveran, Le Dantec o Sir Patrick Manson.

Vuelto a Bogotá en 1903, contribuyó, en asocio de maestros para mí muy caros, a la fundación de la ilustre Sociedad de Cirugía, el núcleo selectísimo por la calidad de sus hombres como por la fantástica obra que llevó a cabo, construyendo un hospital que nada tiene de aquel instrumento de tortura colonial, donde casi por siglos y con duro corazón hemos venido asilando a los mártires de la miseria y del dolor.

Ahí entre tanta *élite*, brilló también con claridad de sabio, y los libros de actas de la benemérita corporación guardan con celo y complacencia los ecos todos de su palabra sabia y su concepto fino. Por las páginas del *Repertorio de Medicina y Cirugía*, la revista casi única que en nuestra capital no ha dejado apagar el amor a la ciencia médica, corren publicados muchos de sus mejores trabajos. Todos ellos dignos de altísima mención, dos por sobre todo atraen el ánimo del médico lector. *Ictiosis y cuerpo tiroides* y *Cartilla de Higiene Militar*, ponen de manifiesto, con sobra de relieves, la enorme ciencia del noble maestro, que vivió tan poco para su patria y sus discípulos.

En el primero de aquellos estudios coincidió con el profesor Vicent en la apreciación etiológica de la ictiosis y con criterio que maravilla aplicó a la rebelde enfermedad, por primera vez en Colombia, la heroica terapéutica glandular del cuerpo tiroides, la noble glándula que en su frecuente mal funcionamiento en nuestra zona, parece que quisiera viciar los fundamentos mismos y cualidades de nuestra raza despierta e inteligente.

Así discretamente, entre el silencio con que solemos acoger nuestros grandes hechos, lanzó él su famosa comprobación de que el cuerpo tiroides preside también la nutrición del tejido celular subcutáneo y de la dermis, y nos dejó en posesión de un tratamiento médico antes desconocido.

En su *Cartilla de Higiene Militar* tiene observaciones y conceptos de gran higienista y gran patriota. Las palabras que le sirvieron de introducción a su magnífico estudio, qué bien estaría grabarlas en las portadas de nuestros llamados cuarteles.

«El Cuartel—dice—debe ser la gran escuela del deber, del honor, del civismo y del patriotismo. Pero es necesario—agrega—que sea también una escuela de educación social, donde se enseñe el valor de la salud y de la vida. Es necesario enseñarle al soldado la manera de conservar la salud como el primero de los dones y como el factor más importante de buen éxito en su carrera.»

Más adelante, al analizar cómo la higiene fue la prenda de victoria del Ejército japonés en su gigantesca lucha con la poderosa Rusia, refiere con tristeza cómo la enfermedad diezmaba de manera inmisericorde los Ejércitos de ambos bandos que allá en los años del 1899 y 1901 enrojecían con sangre de hermanos el suelo de Colombia y laceraban el alma de la Patria con el estertor agónico de mil hijos que caían no rendidos por la refriega en su defensa. Yo he querido ver en esa línea el corazón del hijo que pone su ciencia al servicio de su patria; y es que, señores académicos, la ciencia es el mejor vínculo que une al hombre a su país, es el mejor tributo con que se le retribuyen sus ofrendas de nacionalidad y bienestar.

Años después, cuando ya se había hecho al conocimiento de todos sus compañeros de labor, la Sociedad de Cirugía lo hacía merecidamente su Presidente en el año de 1912. Su labor entonces no fue menos brillante, y como fuera esta la ocasión propicia para demostrar su celo por la obra que constituye el fundamento mismo de la Sociedad de Cirugía, al Hospital de San José dedicó todos sus entusiasmos y todo su cariño de apóstol y maestro.

Pero sus triunfos aquí no más no se detenían. Esta misma Academia, cuyo sillón honrado por él tantos años

vengo yo a ocupar, se ufano un día, ya en vísperas de su muerte, de hacerlo su Presidente. Antes que esto desde esta misma tribuna su voz se había hecho escuchar, ora en las discusiones científicas, ora en los momentos en que aquí surgían problemas nacionales en cuya contemplación pasó él no pocas horas. Sus compañeros de hoy recuerdan con veneración la asiduidad con que aquí concurría y el interés con que veía todas las cosas pertinentes a esta Asamblea.

Un año antes de su muerte, llegaba a la Presidencia de esta corporación y a ella venía con la modestia del sabio a quien sorprenden todos los triunfos que su ciencia conquista. Su discurso de entonces es un férvido canto en defensa de nuestros obreros, en pro de su mejoramiento material y moral, y a él hubiera cabido muy bien como epígrafe la célebre máxima de Pasteur: «En materia del bien público, el deber no cesa sino ahí donde el poder falta.» Oyéndolo entonces condenar la miseria, la tuberculosis, la sífilis y el alcoholismo que pesan sobre nuestro pueblo y que amenazan las raíces mismas de la nacionalidad, puede uno darse cuenta de cómo la ciencia es no solamente la grande educadora de la cual esperamos nuevas directivas en este siglo del pensamiento independiante sino cómo ella en su aplicación social guía a los hombres en sus relaciones entre sí, y cómo ella impone actitudes de solidaridad, de defensa nacional, de coordinación y cooperación, de esfuerzos y de sacrificios colectivos o personales, libremente aceptados.

Así pues, con este postrer canto de su vida, con este honor de presidir vuestras deliberaciones, bajó a la tumba lejos del regazo de la patria querida, con el doble título de Presidente de la Academia Nacional de Medicina y el de Delegado por Colombia al Congreso Internacional que se celebró en La Habana en febrero de 1921.

Réstame todavía estudiar al inolvidable académico en la fase más hermosa y seductora de su vida, en la que él solía subjugar corazones y dejar en ellos huellas imborrables de afabilidad y dulzura. Sería yo un ingrato si omitiera aquí confesar que fue él con su dulzura persuasiva y su bondad profunda quien contribuyó a orientar mi naciente pensamiento; que fue él con su ardiente celo por la profesión, con la luz del ideal generoso que llevaba siempre consigo, quien formó también en mí la conciencia médica. Quienes convivimos con él en la intimidad de las aulas supimos de su espíritu de justicia, del encanto de su palabra y de los tesoro-

ros de bondad que encerraba su corazón, listo a estallar, como un fino cristal, ante las miserias o dolores humanos. Vosotros que lo habéis conocido también, comprenderéis la emoción con que relato este bello capítulo de su vivir, y os daréis fácilmente cuenta de con qué legítimo orgullo pronuncio aquí el nombre de LUIS JULIO URICOECHEA, uno de mis ascendientes en mi educación moral y médica y por quien seguramente he podido llegar hasta esta altísima tribuna y hasta la noble cátedra de higiene en que también tocóme sucederle desprovisto de títulos y merecimientos.

La dermatología y la sífilografía, la fisiología y la higiene, fueron las materias que por muchos años dictó en nuestros viejos claustros de Santa Inés y de San Juan de Dios. Los doce años de su profesorado constituyen el inmenso contingente que él prestó a la juventud médica a quien la fortuna dió la ocasión de conocer al venerable maestro, y apenas habrá ciudad de Colombia que no guarde en su seno el fruto de todas aquellas generaciones que bebieron en su enseñanza el amor al deber, al sacrificio fecundo y a la ternura consoladora que transforma al enfermo.

En su práctica profesional supo poner todo el encanto de que rodeaba a sus discípulos en la hora de la enseñanza. Enemigo de toda vana retórica, en lenguaje muy puro y muy sobrio, expresaba con sencillez, lo mismo en la cátedra que al lado del enfermo, ideas siempre claras y a menudo profundas, sin que la concisión del estilo dañase en nada la elegancia de la forma ni el desarrollo del pensamiento. Gustaba del silencio, pero cuando en tono familiar se le invitaba a la anécdota o a la relación, era entonces un hábil *caussez* que seducía por la sencillez de la forma y por lo ameno de la historia.

La ciudad de Bogotá sabe de él, como muchas otras de Colombia, cuál era la devoción con que se dedicaba al cuidado de los enfermos; conocía de sobra lo que encerraba aquel gran corazón, y por eso lloró desoladamente con sus discípulos sobre la tumba del noble maestro que llegó con pasos lentos y risueños hacia la muerte liberadora.

¡Que su bondad ingénita y la eterna sonrisa que iluminó su imborrable figura, amparen y perdonen mi osadía de haber conquistado este mismo puesto; al cual llego por haber aquí proclamado el evangelio de su ciencia y de sus grandes virtudes!

DISCURSO DE CONTESTACION

DEL DOCTOR JULIO MANRIQUE, ACADÉMICO DE NÚMERO

Señor Presidente, señores académicos, señor doctor Bejarano:

Al saludaros en nombre de la Academia Nacional de Medicina, experimento la grata emoción que se siente cuando tras larga ausencia se ve retornar al hogar a uno de los nuestros. Cuando tras larga espera, se abren los brazos para recibir al que ha llegado próspero y feliz después de afanosa travesía; porque en este solar de nuestra ciencia nacional, los que hemos enseñado algo, ansiosos hemos esperado los resultados de nuestros esfuerzos, y los que hemos querido dar ejemplo, aguardamos como el supremo criterio, el ver si la simiente que lanzamos há tiempo en el surco llevaba en sí potenciales capaces de determinar excelsos resultados en las inteligencias de selección: o si al contrario errados habíamos andado en nuestra tarea de maestros y de directores. Y a fe, doctor Bejarano, que vos, que sois el primero de mis discípulos en llegar a este último peldaño de nuestra carrera científica, llegáis con suficientes títulos para satisfacer la codicia del más avaro en méritos de nuestros maestros, poniendo delante de nosotros una obra ininterrumpida comenzada en los claustros de nuestra Facultad y completada sin esos desmayos, propios de nuestra raza, hasta formar el macizo acervo que de manera somera he de analizar delante de vosotros.

Hijo de ese valle fecundo en frutos de selección, tras de lucida carrera y después de dejar en sus maestros la impresión de halagadora promesa, en el año de 1913 se doctoró este nuevo académico presentando como trabajo inicial una tesis que es un bello estudio sobre educación física, en el cual de manera especial se llama la atención a la necesidad de que entre nosotros se implante la educación física de manera efectiva, de que nuestras mujeres muevan oportunamente músculos que luégo han de llenar importantes funciones, de que nuestros hombres, desde jóvenes, cultiven su cuerpo de manera científica. En el tiempo en que el doctor Bejarano escribió su tesis, parecía que los esfuerzos de algunos ciudadanos, la mayor parte de ellos médicos, lograrían entusiasmar a los jóvenes, principalmente a los estudiantes para que pasaran las horas libres y los días de descanso en el campo de balompie o en el patio de tennis, y a Bejarano le pareció oportuno endilgar ese entusiasmo indicando cuál debía ser el camino que había de seguirse para llegar a resultados deseables. En este primer trabajo, con gran claridad, con orden y con lujoso acopio de datos, ana-

liza desde él los puntos de vista psíquicos y físicos, los efectos de los ejercicios corporales, deduce que a nuestros jóvenes de ambos sexos les es indispensable una mejor educación física de la que hoy reciben, y describe los apetecibles resultados que se obtendrían universalizando la obligación de enseñar en toda clase de liceos, calisténica y gimnasia.

Inclinado desde estudiante a buscar medios para mejorar nuestra raza, aboga en su tesis por que se cambien las condiciones en las cuales se educan las niñas en la mayor parte de nuestros colegios, y quiere que las futuras madres robustezcan su organismo haciendo ejercicios al aire libre bien regulados y mejor dirigidos y que dediquen unas de las horas que pasan en recintos estrechos y mal ventilados a los cuales jamás llega un rayo de sol, en jardines o en campos, a sanos ejercicios, y dice como conclusión al análisis de lo que hoy por hoy pasa entre nosotros:

«¿Cuál es el resultado de la educación femenina usada entre nosotros? Las enfermedades concernientes a este género de vida y de educación. Mientras transcurren los años que preceden al matrimonio, nuestras mujeres son víctimas de la clorosis y de la histeria, enfermedades que van aumentando en las altas esferas sociales y en las cuales es innegable el factor etiológico de la quietud.

«Llega después la época en que tienen que cumplir sus funciones de madres, y entonces es cuando más vemos palpables las condiciones de la vida inactiva, el raquitismo pone ahora sus efectos de manifiesto y la tuberculosis debasta prontamente esos organismos agotados por las funciones maternas y débiles porque sus músculos no tuvieron nunca una fuente de vigor.»

Y más adelante agrega:

«Si este último capítulo de nuestra tesis se convirtiera algún día en realidad, creeríamos haber colaborado eficazmente en el adelanto y progreso de nuestro país, porque es indudable que a ello se puede llegar con la cultura y buena educación de la mujer que con razón se considera como el reflejo del alma y cultura de los pueblos.»

A propósito de este primer trabajo público del doctor Bejarano dijo el maestro Lombana Barreneche:

«Las tesis, estudios muy meritorios que representan una labor persistente de parte de los alumnos de la Facultad, y que al propio tiempo que revelan sus tendencias son exponentes de su intelectualidad, daría resultados prácticos muy importantes si su lectura no quedara reducida, casi puede decirse, al concepto de los examinadores, y fueran co-

nocidas del gran público, que con beneficio incalculable podría aprovechar algunas de ellas. Cuanto tienda al mejoramiento físico de nuestros paisanos, abre horizontes al porvenir patrio, contribuyendo a formar al por fin que hombres robustos y equilibrados, ciudadanos independientes y buenos patriotas.»

Múltiples fueron los aplausos que por su tesis recibió Bejarano, y muchos los honrosos conceptos que la prensa publicó al respecto.

En las aulas de nuestra Escuela fue Bejarano un estudiante sobresaliente. Baste recordar aquel bello certamen de civismo, aquella primera manifestación del querer del cuerpo de estudiantes residentes en Bogotá, que por su voluntad manifestada sin sugerencias ni trabas, envió al Congreso de Estudiantes de la Gran Colombia reunido en Caracas en 1919 a aquellos de sus compañeros que ellos juzgaron los mejores. Y de esos comicios puros, en los que con toda la espontaneidad de corazones leales cada estudiante con su voto echó la manifestación de su libre voluntad a la urna; de esos comicios salió escrutado el nombre de nuestro nuevo compañero al lado de los mejores universitarios de entonces. Lo que os he dicho de su grado y el concepto de sus compañeros de estudios os harán formar exacto concepto sobre la carrera de mi discípulo en los claustros universitarios.

En la faena el doctor Bejarano ha sido un infatigable; ha sido uno de aquellos que al tiempo que sirven a una clientela selecta y numerosa, siguen el vertiginoso adelanto de nuestra ciencia, leyendo incansablemente periódicos, revistas y libros por donde desfilan con cinematográfica rapidez hechos y teorías que todo hombre de ciencia ha de conocer, y punto más si trata de un médico, quien para el buen cumplimiento de sus obligaciones ha de tener a disposición de sus pacientes todos los medios que tiendan al restablecimiento de la salud de quienes en él confían. Y esto ha hecho que el médico moderno sea un atormentado: su mente ha de estar en continua actividad pesando y discutiendo lo que más convenga en cada caso particular a la salud del enfermo; en los momentos en que todos descansan, él vela buscando en los libros caminos de salud; cuando todos se alegran por faustos acontecimientos, el recuerdo de los que en ese momento sufren lo exceptúa del contento general, y cuántas ocasiones vosotros, médicos, lo sabéis,—los días y las noches pasan en una ansiedad, en una tortura, hija de una impotencia que inútilmente busca en la biblioteca o en el recuerdo la salud para un ser necesario, el alivio para un ser querido. Y por eso, señores, los que por varios lustros hemos transitado estos caminos, los que comprendemos lo que es

el dolor, admiramos a los jóvenes que renuncian a los jardines de Armida y se esfuerzan y luchan todos los minutos por consolar, por aliviar y por curar; y Bejarano ha sido uno de ellos: en la prensa diaria repetidas veces ha disertado sobre temas científicos de grande importancia para la comunidad, ora tratando de los flagelos que con frecuencia nos visitan, o marcando a la atención del gran público las inmensas miserias de nuestras clases desvalidas que ha tenido ocasión de observar en su fase más interesante y más conmovedora durante los años en que ha desempeñado el puesto de Médico Escolar, puesto en el cual ha estado en contacto con esos pequeñuelos hambrientos y desmirriados que concurren a la escuela sin haber pasado bocado, mal cubiertos por un vestido sucio y desgarrado, a pasar horas y horas en un lugar habitualmente frío y oscuro, y todo esto diz que con el objeto de adquirir conocimientos que los hagan en el futuro buenos ciudadanos. Sobre este tópico ha escrito el nuevo académico bellas páginas, reclamando protección para esos desgraciados, pidiendo cooperación para la grande obra iniciada por Agustín Nieto Caballero, de los restaurantes y de las cajas de ahorros escolares.

Sobre otros muchos asuntos ha escrito el doctor Bejarano en la prensa diaria, y al cuarto Congreso Médico Nacional reunido en Tunja presentó el libro titulado *La Madre y su Primer Bebé*, libro que tiene por objeto enseñar a la madre inexperta, que no sabe qué hacer con el primer niño que le nace, y que necesariamente ha de atenerse en su crianza a lo que le dicen dogmáticamente las comadres, cómo debe cultivar a aquel pequeño ser para apartarlo de los peligros de la enfermedad y de la muerte. Muy grande ha sido el éxito de este libro y mucho el bien que ha hecho entre nuestras jóvenes madres.

Vosotros, señores académicos, aún tenéis en vuestra memoria grabados los grandes argumentos que se adujeron en aquella magna discusión acerca de la degeneración de nuestra raza; recordaréis la síntesis hecha por Miguel Jiménez López y no habréis olvidado el interés que entre todas las clases de nuestra sociedad despertó el trascendental problema planteado en aquella comunicación hecha al Congreso de Cartagena y que fue leída en el seno de la Sociedad de Cirugía y publicada por el *Repertorio de Medicina y Cirugía*. Recordaréis el escalofrío de terror que conmovió a nuestra sociedad al informarse de cuáles eran los resultados de años y años de miseria y sufrimiento en nuestro pueblo, de alcoholismo, de falta de higiene y de falta de educación física, en todos los miembros de la comunidad, y recordaréis las trágicas cifras que manifestaban el número de niños muertos antes de cumplir un año, el

pequeño número de soldados aptos para el servicio, el corto término medio de nuestra vida, la lentitud de nuestras combustiones, y tantos otros argumentos como acumuló el actual Ministro de Gobierno en favor de su tesis. Trascendental fue la discusión que a este respecto se suscitó, y muy notable la conferencia que nuestro nuevo compañero dictó sosteniendo temas tendientes a demostrar las excelencias de nuestra raza; con calor y con brillo adujo Bejarano argumentos en favor de sus puntos de vista. A su alma juvenil, a su temperamento ardoroso no cuadraron los fríos enunciados del filósofo. Tal vez el tiempo, siempre cruel en sus enseñanzas, habrá atemperado el fuego optimista del joven doctor, y la contemplación de tanto desastre como hemos presenciado en los últimos tiempos habrá puesto acíbar en sus entusiastas concepciones.

Esta es la síntesis, respetados compañeros, de la obra de Jorge Bejarano. Nueve años hace que juró solemnemente cumplir bien los deberes que impone el ejercicio de la más noble de todas las profesiones, y ya veis que como bueno los ha cumplido; su obra es ya muy extensa y sus títulos muy respetables. La Facultad de Medicina lo llamó desde el año pasado a regentar la cátedra de Higiene, y en la actualidad es uno de los directores de la asociación denominada *La Gota de Leche* que él ayudó a fundar y que tan benéficos resultados está produciendo entre las clases menesterosas.

Jorge Bejarano: de vos la Academia Nacional de Medicina espera mucho; conocéis cuál ha sido la labor de nuestra corporación, y antes de entrar a formar parte de ella os empapasteis en cuáles son los deberes de un buen académico, leyendo nuestros gloriosos anales y dándoos cuenta de la altura a que se ha cernido y de las esferas en que ha volado la primera de las corporaciones científicas colombianas. En los últimos años la muerte ha sido cruel para con nosotros, y en breve tiempo ha enlutado los sillones de Pedro María Ibáñez, de José Tomás Henao, de Ricardo Fajardo Vega, de José del Carmen Cárdenas y de Luis Julio Uricoechea. Ved qué cantidad de talento, qué cantidad de energía, qué cantidad de bondad hemos perdido en muy poco tiempo; y como resultado de tanta pérdida irremplazable la Academia se ha recogido en uno como silencio de dolor, y a la manera de lo que se hace en la intimidad de la familia cuando la muerte hace estragos, la Academia ha callado, y apenas si ha ejecutado las funciones indispensables para el mantenimiento de su vida normal. Pero por ley natural, las corporaciones, como los organismos después de estas violentas conmociones que alteran sus funciones por algún tiempo, vuelven poco a poco a su primitivo equilibrio

que es el que estamos recobrando en estos momentos y es el que necesitamos para hacernos dignos de nuestros fundadores y de los que tan bellamente continuaron su obra.

Vos ocupáis el sillón de Luis Julio Uricoechea; ese excelso varón cuya obra la guardamos con amor en nuestros anales y a cuyo recuerdo rendimos fervoroso culto en nuestros corazones, porque en ese bello consorcio que formaba el fondo de su personalidad de un gran talento y una bondad casi paradójica residía el tipo del gran ciudadano y del gran médico que a su paso por este augusto recinto dejó en pos de sí como un perfume, como una estela de grandeza y de bondad.

Honrad ese sillón como habéis honrado los altos puestos que habéis ocupado, y aspirad a que las generaciones futuras puedan decir de vos: mereció el puesto que dejó vacante LUIS JULIO URICOECHEA.